

Asensi Rodríguez, Francisco

El Ferrol, La Coruña, 2 de enero de 1886 - Hasi Uenzga, Marruecos francés, 25 de julio de 1921

Capitán de la 1.ª Compañía del 1.º Batallón del Regimiento de África n.º 68. En el desastre de Annual tuvo un singular protagonismo durante la retirada de la columna de Zoco el Telatza hacia la zona francesa, al proteger con su sacrificio el paso de la columna a través del desfiladero de Maachen. Consiguieron salvarse casi quinientos hombres, siendo la única columna móvil del general Fernández Silvestre que no fue totalmente destruida.

Enséñame un héroe y te escribiré una tragedia.

F. Scott Fitzgerald

El día 2 de enero de 1886 hacía muchísimo frío en Ferrol (La Coruña). Un aire costero, gélido y tremendamente húmedo recorría todas las construcciones asociadas a la nueva ciudad departamental, fruto de la construcción del arsenal militar y los astilleros de la Armada.

Justo enfrente del arsenal militar se encuentra situado el número 7 de la calle del Rastro, en la zona conocida como *Ferrol Vello*, barrio mariner que vio nacer la ciudad naval y fue declarado bien de interés cultural en el año 2011. Son las 14.30 horas del 2 de enero y en el acogedor y cálido hogar de la familia Asensi Rodríguez todo es alegría y jolgorio, pues no había mejor manera de celebrar la llegada de un nuevo año que presenciando el nacimiento de un hijo.

Por fin será un varón, tan ansiado, al que bautizarán más tarde con el nombre de Francisco, en la parroquia castrense de San Francisco.

En una familia de honda tradición militar cabe suponer la alegría que debieron de experimentar todos ante la llegada y nacimiento del primer hijo varón, pues el matrimonio formado por don José Asensi Quintana, primer condestable de la Armada, y doña María Rodríguez Barcia había tenido con anterioridad solo niñas: fueron dos hijas llamadas Manuela y Práxedes, pianista y pintora respectivamente y cuyos años de nacimiento resultan desconocidos.

En 1888, residiendo la familia en el número 40 de la calle de Galiano, nacería un 22 de noviembre su segundo varón, Víctor, futuro general de división del Arma de Infantería, miembro del servicio de Estado Mayor, coronel por méritos de guerra y condecorado con la Gran Cruz del Mérito Militar. En octubre de 1934, el entonces comandante del servicio de Estado Mayor Víctor Asensi será también uno de los heridos de mayor graduación al sofocar la insurrección obrera contra el Gobierno legítimo de la Segunda República, durante la revolución de Asturias. Por sus heridas, que le provocaron una leve cojera que arrastraría de por vida, fue condecorado en el año siguiente con la Medalla de Sufrimientos por la Patria con el pasador 8 de octubre.

El matrimonio será finalmente bendecido con un tercer y último varón, que nacerá el 18 de mayo de 1894 y será bautizado con el nombre de Recaredo Isidoro. Al nacer Recaredo, la familia tenía su domicilio en el número 162 de la calle María; en el número 108 de la misma acera y calle vivía la familia Franco Bahamonde, en cuyo hogar nacería en 1892 el futuro jefe del Estado, general Francisco Franco.

Francisco, y sobre todo —por razón de edad— Víctor y Recaredo recordarán durante toda su vida su infancia, colegio y juegos infantiles compartidos en Ferrol con aquel niño a quien el destino otorgará más adelante las riendas de España durante casi cuarenta años. Más tarde, y en plena adolescencia, Francisco y Recaredo volverán a coincidir con *Franquito*, esta vez en la Academia de Infantería de Toledo, pues Franco perteneció a la promoción de 1907.

Eran, pues, tres hermanos varones, gallegos de nacimiento y dominados por un fervoroso y entusiasmado deseo de seguir la carrera de las armas, ya que el ambiente y la atmósfera militar impregnaban y condicionaban toda la infancia y el entorno de cualquier infante ferrolano a finales del siglo XIX y principios del XX. Ciertamente Ferrol constituía un auténtico y cerrado microcosmos castrense con estructura de pirámide social, en cuya cúspide se situaban los oficiales de la Armada; después, los del resto de las armas del Ejército de Tierra y, finalmente, las profesiones liberales: médicos, jueces, abogados, ingenieros y arquitectos cerraban tan decimonónica y rígida escala social.

Desgraciadamente, la temprana muerte de José Asensi Quintana, fallecido en Barcelona a las tres de la madrugada del día 19 de febrero de 1899, marcó de una manera trágica la infancia de sus cinco hijos.

La cuna de un bizarro capitán. El ejemplo paterno: la constante perseverancia en el cumplimiento del deber militar

Los tres hermanos, unidos por un fortísimo y fraternal vínculo de sangre, tendrán siempre presente el ejemplo a seguir en su periplo vital: su padre.

Don José Asensi Quintana había nacido en Valencia el 26 de julio de 1847 y sus padres fueron don Manuel Asensi Soler, militar natural de Valencia capital, y doña Isabel Quintana Merino, originaria de Benicarló (Castellón).

La infancia de José transcurrió entre las localidades de Valencia y Cartagena, por razón de los destinos de su padre; Manuel Asensi, nacido en Valencia en 1817 y de profesión ebanista, había ingresado en el Ejército como quinto en caja el 12 de febrero de 1836, siendo elegido —probablemente por su estatura de un metro setenta, muy superior a la media de la época— para formar parte de la Guardia Real, en Madrid. Más tarde pasaría a formar parte del Real Cuerpo de Artillería (2.º Regimiento), en cuya arma alcanzaría el empleo de cabo de obreros, en atención a sus habilidades y empleo previo en la vida civil.

Manuel Asensi Soler, militar de buena conducta y con valor acreditado —abuelo del capitán objeto de esta biografía—, fue condecorado a lo largo de su vida con una Cruz de plata sencilla del Mérito Militar con distintivo rojo —por el mérito que contrajo combatiendo contra los insurrectos revolucionarios, durante los sucesos de Cádiz los días 5, 6 y 7 de diciembre de 1868— y tres cruces de plata sencillas con distintivo blanco.

Galardonado por llevar más de treinta años de servicio con acreditada honradez, Manuel sería también —además de verse involucrado en la insurrección cantonal de Cartagena en 1873— el primer miembro de la familia en pisar territorio africano. En efecto, el 27 de diciembre de 1867 embarcó en Málaga con dirección a la ciudad de Melilla, en donde permaneció realizando trabajos de recomposición del material del Arma de Artillería allí existente, hasta el 27 de febrero de 1868 en que regresó a Cádiz.

Durante su periodo de servicio en Cartagena, importante base naval de la Armada española, su hijo José tomó contacto con la Marina de Guerra.

Con firme espíritu militar y vocación de servicio, José Asensi Quintana ingresó en la Escuela de Artilleros de Mar el 24 de enero de 1865, ascendiendo progresivamente por los distintos empleos y grados del Cuerpo de Condestables de la Armada. Más tarde, será oficial graduado: alférez (1880) y teniente en 1889.

Veterano de la «guerra de los diez años» (1868-1878), sostenida contra los mambises cubanos y que terminó con la orgullosa victoria de España —que consiguió así sujetar, otra vez con mano férrea, la joya o perla de la Corona—, el joven de veintidós años había llegado a la isla de Cuba nada más comenzar el conflicto, pues desembarcó en el puerto de La Habana el 29 de noviembre de 1869. Volvería a Ferrol casi cinco años después, el 23 de julio de 1874, después de tomar conciencia de lo duro que era servir a su país en condiciones tan adversas, pues vería enterrar las vidas de muchísimos compañeros en los hostiles pantanos y rudas maniguas; más temibles, si cabe, que las balas enemigas.

Este condestable regresó, pues, a tiempo para participar en un nuevo conflicto, esta vez más penoso, trágico y fratricida. En la guerra civil interna o Tercera Guerra Carlista (1872-1876), José tomó parte en las operaciones del Frente Norte, contra los carlistas, interviniendo en las acciones de Lastaola y en la batalla del monte de Choritoquieta (finales de agosto de 1875), bajo las órdenes del mariscal de campo don Miguel Trillo.

Por su participación en dichas acciones recibirá una Cruz roja sencilla del Mérito Militar así como, posteriormente, una Cruz del Mérito Naval con distintivo blanco por la terminación de la guerra civil y los servicios prestados hasta el 3 de octubre de 1878.

Pero como a todo guerrero le llega su reposo, José Asensi lo encontrará en la otrora orgullosa villa de Ferrol, en cuyo lugar conocería a una señorita de apenas dieciséis años, María Rodríguez Barcia.

Nacida en Ferrol en 1860 e hija de un carpintero llamado Nicolás Rodríguez Sero —natural del pequeño pueblo de La Capela (La Coruña), pero residente en Ferrol por causa de su trabajo en los astilleros de la Armada— y de doña Manuela Barcia Vivero, natural de Ares, la jovencísima María aceptó la propuesta de matrimonio de aquel elegante segundo condestable, trece años mayor que ella.

El matrimonio de la feliz pareja se celebró el 24 de noviembre de 1876 en la iglesia parroquial de San Julián, luego elevada a la categoría de concatedral por bula de S. S. Juan XXIII el 9 de marzo de 1959.

Desde entonces José y María vivirán una existencia común, apacible y feliz, durante casi veinte años. Tuvieron en ese intervalo cinco hijos, sin tener que lamentar más desgracias que los inevitables fallecimientos —por ley de vida— de sus padres.

Sin embargo, la fatídica caja de Pandora se abrirá definitivamente en Extremo Oriente. Corría el año 1896 y los independentistas tagalos del Katipunan —Venerable Sociedad Suprema de los Hijos del Pueblo— se levantaron en armas contra la dominación española de las islas Filipinas. Frente al pragmatismo y carácter netamente autonomista y pacífico de la Liga Filipina, magníficamente dirigida por el sensato y polifacético médico José Rizal —que no pretendía ni tan siquiera la total independencia de la metrópoli—, triunfó el radicalismo violento del Katipunan, encabezado por Emilio Aguinaldo, que sí pretendía la ruptura total con España.

Al fatal desenlace contribuyó, sin duda, el tremendo error cometido por el general Polavieja al no impedir el fusilamiento de José Rizal, visto como cómplice del Katipunan; semejante injusticia truncó definitivamente las únicas posibilidades que tuvo España para en-

cauzar —a través de un interlocutor válido, apoyado por demócratas y masones españoles— las legítimas aspiraciones del pueblo filipino y mantenerlos dentro de la Corona como una nueva provincia. La guerra, pues, era inevitable.

Hasta Ferrol llegaron también los rumores de un próximo conflicto, para el que la meneguante España, todavía imperial, tomaba medidas preventivas. El primer condestable y teniente de Artillería José Asensi Quintana será movilizado de nuevo. En la víspera de las Navidades de 1895, la familia Asensi Rodríguez recibirá la terrible noticia del próximo embarque de José con destino al Apostadero de las Filipinas.

Aquel frío diciembre ferrolano, en casa de la familia Asensi se vivirá un auténtico drama familiar, representado en seis actos, los de una mujer y sus cinco hijos. Sin duda conscientes de que quizás nunca más volverían a verle, todos lloraron desconsoladamente al despedirse y ver partir al cabeza de familia.

Francisco tenía nueve años cuando vio a su padre despedirse por última vez. El fatal destino hizo que veinticinco años después, en 1921, él mismo fuese el protagonista de otra trágica despedida, esta vez en la estación de tren del Hipódromo de la ciudad de Melilla.

El embarque de las tropas españolas, en el vapor *Isla de Mindanao* con destino Manila, se realizó en La Coruña el día 21 de diciembre de 1895. Entre tantos soldados y marinos se encuentra José Asensi, al que aguardan tres años de dura campaña en las selvas filipinas y una terrible y definitiva derrota *ad portas*.

Recién llegado a Manila —después de una larga travesía, que podía durar entre veinte y treinta días según las condiciones atmosféricas y ello gracias a la inauguración en 1869 del canal de Suez—, es destinado al Arsenal de Cavite, encontrándose en 1896 prestando servicios de polvorines de su clase en Binacayan, concretamente en el polvorín flotante *San Quintín*.

Ese mismo año, cuando el 8 de noviembre desembarcó en dicho destacamento la columna de ejército mandada por el famoso coronel del Regimiento n.º 73 don José Marina Vega (ver biografía) —que alcanzará el rango de general de brigada en 1897 y, posteriormente, los cargos de comandante general de Melilla, en 1909, y alto comisario de España en Marruecos en 1913—, dispuso dicho coronel que en la mañana siguiente se incorporara el primer condestable José Asensi a la indicada columna, junto con un artillero de mar y cuatro marineros, para prestar servicios de su clase con un cañón Plasencia de 8 cm y retrocarga.

El objetivo era batir con fuego artillero las trincheras construidas por los tagalos y el pueblo de Binacayan; tarea que, encuadrado en una compañía de Artillería, cumplió escrupulosamente el teniente graduado hasta terminar las municiones de la dotación de la pieza, motivo por el que tuvo que retirarse, salvando así su pequeño destacamento y la artillería.

En 1897 sería ascendido al rango de capitán graduado de Artillería y citado como distinguido por su comportamiento y mucho valor observado en el combate sostenido en las trincheras de Binacayan, según la certificación expedida en 1898 por don Celestino Fernández Tejeiro —general de división de los ejércitos nacionales y del Estado Mayor de Filipinas—, personaje este último de infausto recuerdo por su oscuro protagonismo en la pactada rendición de Manila en 1898.

Sin embargo, la batalla de Binacayan, librada el 9 de noviembre de 1896 cerca de Cavite y a orillas del río del mismo nombre, fue la primera victoria del ejército filipino contra el ejército español. La columna del coronel Marina no logró rebasar la gran trinchera de los tagalos y tuvo que retirarse ante la abrumadora superioridad numérica de los tagalos, dejando atrás quinientos muertos.

Los españoles no tardarán en recuperar el terreno perdido, aunque por breve tiempo. Tras la renuncia del general Polavieja, el nuevo capitán general de Filipinas, Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, consiguió sellar la paz con Aguinaldo firmando el Pacto de Biak-na-Bato el 23 de diciembre de 1897.

Poco duraría tan precaria paz, pues en abril de 1898 estallará la guerra contra los Estados Unidos de América; los filipinos del Katipunan aprovecharon esta coyuntura y, con el apoyo norteamericano, volvieron a levantarse en armas.

Cercada Manila desde el 8 de junio, de nuevo volvería a distinguirse el capitán de Artillería José Asensi en los combates sostenidos contra los revolucionarios filipinos de Aguinaldo, esta vez en defensa de la plaza y su línea exterior, formando parte de la columna de operaciones de Santa Ana, desde el 16 de junio al 20 de julio. Por su distinguido comportamiento y heridas sufridas en dicha acción sería condecorado —esta vez a título póstumo— con una Cruz del Mérito Militar de 1.º clase con distintivo rojo en octubre de 1899.

Sin embargo, la previa derrota y destrucción de la flota española en el combate naval de Cavite, el 1 de mayo de 1898, ya había sellado el destino de la colonia española de Ultramar. El desembarco de las fuerzas terrestres norteamericanas hizo que solo fuese cuestión de tiempo la derrota definitiva de las armas españolas en el archipiélago. La vergonzosa batalla fingida, pactada entre españoles y norteamericanos para evitar que los tagalos se apoderaran de la capital, dio paso a la humillante capitulación de Manila el 14 de agosto.

A pesar de la rendición, quedaban todavía cuatro largos y duros meses de negociación que fructificaron en el Tratado de París, de fecha 10 de diciembre de 1898, por el que se certificó el fin del Imperio español de Ultramar. La dolorosa pérdida de Cuba y la entrega de Puerto Rico, Guam y las islas Filipinas por veinte millones de dólares supuso un auténtico drama nacional, socavando el orgullo patrio como nunca antes volvería a recordarse.

Rubricado el «desastre de 1898», ya solo quedaba el amargo, extenuante y triste regreso a la Madre Patria, para intentar olvidar tan terrible guarismo. José Asensi fue pasaporteado como enfermo, embarcando a finales de enero de 1899 en el vapor correo *León XIII* con dirección al puerto de Barcelona, en donde desembarcó —tras una penosa y agónica travesía— el 17 de febrero de 1899.

Hospedado transitoriamente en el número 65 de la calle Conde del Asalto, su deteriorada salud se quebró definitivamente dos días después, falleciendo por hemorragia cerebral a los cincuenta y un años de edad en la Ciudad Condal, a las tres de la madrugada del día 19 de febrero. El entierro se verificó en el cementerio nuevo de Barcelona (Montjuich).

La causa de la muerte sería dictaminada por una comisión de médicos de la Armada. El pertinente dictamen certificó que tan funesto óbito era consecuencia de la enfermedad contraída por la influencia del clima tropical de Filipinas y por las penalidades de la campaña en territorio de guerra.

Una infancia huérfana. Una madre coraje y el feliz ingreso en la Academia de Infantería

María Rodríguez Barcia, enlutada de dolor por no haber podido recibir ni tan siquiera el cuerpo de su difunto esposo, no dudó en trabajar como costurera para poder sostener a su familia, pues en aquella trágica hora, aquella venerable y bondadosa mujer se había reafirmado como el pilar y verdadero timón de la familia. No en vano, sus hijos la adoraban.

Con una exigua pensión de viudedad y la difícil tarea de criar a sus cinco hijos, María decidió trasladarse a vivir a Madrid, después de solicitar —el 15 de abril de 1899— que sus tres hijos varones fueran admitidos en el Colegio de Huérfanos de la Guerra de Guadalajara.

Francisco y sus hermanos ingresarían así en una excelente institución educativa, cuya sede radicaba en el palacio del Infantado de Guadalajara —antaoño suntuosa mansión de los Mendoza— y que había sido reinaugurada en 1898, durante el periodo de la regencia de doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, madre del rey Alfonso XIII.

La desgraciada pérdida del progenitor fue paliada por el excelso Colegio de Huérfanos, que constituía un auténtico modelo de enseñanza infantil y juvenil, muy acorde con los nuevos avances técnicos y educativos de la época. Entre aquellos añejos muros palaciegos y las calles y plazas de la Guadalajara de principios del siglo XX, millares de niños y niñas grabarían en sus retinas el recuerdo dorado de su infancia y época estudiantil.

Este periodo fue decisivo para forjar el carácter de los tres hermanos Asensi, pues bajo la batuta de unos rigurosos y estrictos profesores —que además eran oficiales del Ejército— tallarían sus espíritus, interiorizando los valores que siempre guiarían sus conductas: esfuerzo, sacrificio, honor, disciplina, austeridad, lealtad y templanza. Un verdadero código moral entró en sus vidas y ya nunca les abandonarían. El incendio del palacio en 1936, tras un bombardeo de la aviación del bando nacional, reduciría a cenizas tan entrañables recuerdos, conservados intramuros.

En 1902, María solicitó que a sus hijos Francisco y Víctor les fueran concedidos los beneficios que la legislación militar española otorgaba a los huérfanos de militar o marino muerto en campaña o de sus resultas, para el ingreso y permanencia en las academias militares. El rey Alfonso XIII accedió a ello el 7 de agosto del mismo año. Un año más tarde, Recaredo obtendría igual beneficio.

Así, en 1903, recién cumplidos los quince años, el segundo hermano —Víctor, brillante alumno galardonado por el Colegio de Huérfanos en 1902 con un sable, como premio a su rendimiento académico— será el primero en ingresar en la Academia de Infantería de Toledo. El mayor de ellos, Francisco, tendrá que esperar un poco más, pues su predilección era ingresar en la Marina y seguir así los pasos de su padre; deseo juvenil que truncaría el caprichoso destino.

Francisco había cumplido quince años en 1901, edad habitual de ingreso en las academias militares —aunque la edad mínima requerida para ello eran los catorce—, pero la humillante repatriación de los ejércitos de Cuba y Filipinas produjo un desbordamiento de las escalas y exceso de oficiales, motivando todo ello que dicho año se suspendieran los exámenes de ingreso; prohibición que se mantuvo hasta 1903.

Tras dos infructuosos intentos de ingresar en la Escuela Naval, en 1903 y 1905 —entre los que se intercaló una nueva suspensión de los exámenes en 1904—, su firme deseo de ser militar, la fuerte competencia para ingresar en la Marina y el lógico temor a superar la edad máxima exigida a los alumnos para el ingreso (veintiún años tratándose de hijo de militar) hicieron que Francisco, con veinte años ya, tomara la decisión de ingresar en la Academia de Infantería de Toledo, siguiendo los pasos de su hermano Víctor. El pequeño, Recaredo, emulará también a sus hermanos ingresando en 1909.

Fue una sabia y prudente decisión porque los rumores se confirmaron: desde 1907 hasta 1912 no fue convocada oposición alguna de ingreso en todos los Cuerpos de la Armada. No había barcos ni honra naval para un nuevo siglo.

La Academia de Infantería de Toledo

Francisco Asensi ingresó, pues, en la Academia de Infantería de Toledo el 31 de agosto de 1906. A principios de año había sido convocada la oposición para cubrir, entre otras, trescientas plazas de la Academia. Los exámenes, previo reconocimiento médico, tuvieron lugar en mayo-julio y exigieron superar durísimas pruebas: un primer ejercicio que comprendía materias tan dispares como Gramática Castellana, Geografía, Historia Universal y Particular de España, traducción del francés y dibujo de figura; un segundo ejercicio sobre Aritmética y Álgebra; y un tercero dedicado a la Geometría y Trigonometría Rectilínea.

Francisco tuvo el beneficio de entrar fuera de número, por ser hijo de marino muerto a resultas de la campaña de Filipinas; esto suponía que solo necesitaba aprobar los exámenes de ingreso con una nota mínima —que superó con creces— para conseguir ser cadete. De todos modos, aquel año no se cubrieron todas las plazas, pues solo consiguieron aprobar doscientos noventa y dos cadetes (doscientos sesenta y tres sujetos a número y veintinueve hijos de militar o marino muertos por la Patria).

Un brillante elenco de profesores, seleccionados en atención a sus hojas de servicio, terminaría de forjar en el glorioso Alcázar la ejemplar obra iniciada por el Colegio de Huérfanos. Francisco no tuvo problemas en reafirmar valores castrenses que le eran tan familiares; además, tuvo la suerte de contar con un gran jefe de estudios desde 1907: el teniente coronel gaditano don José Villalba Riquelme (ver biografía), nombrado más tarde coronel director de la Academia en 1909.

El coronel Villalba (1856-1944), futuro general de división y ministro de la Guerra en 1919-1920 —durante el gobierno de Allendesalazar—, tendrá una influencia decisiva en Francisco; no solo se preocupó en el Alcázar de la formación castrense de aquellos jóvenes, futuros oficiales del Ejército, sino también de su buena forma física, organizando toda clase de competiciones deportivas en el cercano campamento de Alijares. Bajo su dirección alcanzó el solar castrense toledano su más alto nivel.

Un contratiempo inesperado: el trágico accidente en la Academia

En 1909 Francisco estaba a punto de terminar su periodo de formación militar, que abarcaba tres largos años de duro esfuerzo académico. Sin embargo, tendrá que afrontar antes una de las más duras pruebas de su vida, fruto de una experiencia traumática y desafortunada.

Después de unas prácticas de tiro, los cadetes se encontraban limpiando el ánima de sus respectivos fusiles cuando, en un momento dado, al introducir uno de ellos la baqueta en el arma y retirarla con rapidez —sin mirar si había algún compañero detrás— ensartó el ojo izquierdo del infortunado Francisco.

Cabe imaginar el dolor y el consiguiente drama personal que supuso para él la pérdida de un ojo; accidente que, evidentemente, le hizo perder promoción, pues cada curso tenía que ser superado íntegramente para poder acceder al siguiente, so pena de tener que repetirlo en su totalidad.

Al haber ocurrido la desgracia después de haber ingresado en el Ejército, Francisco pudo continuar su carrera militar, evitando así peores consecuencias.

El incidente influyó en su rendimiento académico de tal forma que no conseguiría promocionarse sino dos años después, transcurridos cinco desde su ingreso en la Academia.

Carrera militar: primer destino en Marruecos y la tranquilidad peninsular

En septiembre de 1911, promovido al empleo de segundo teniente de Infantería, Francisco fue destinado al Batallón de Cazadores de Llerena n.º 11, incorporándose a su unidad en Córdoba; el 9 de diciembre regresó en ferrocarril con su unidad a Madrid, donde quedó de guarnición.

El 17 de agosto de 1912 es destinado al cuadro para eventualidades del servicio en Melilla y, ese mismo mes, adscrito al Regimiento de Infantería de África n.º 68, incorporándose a su nuevo destino el 5 de septiembre, en Melilla.

En su nueva unidad volverá a coincidir con su antiguo director de la Academia General, el idolatrado coronel José Villalba Riquelme —en ese momento coronel jefe del África n.º 68—, a cuyas órdenes marchó con su compañía a Ras-Medua, en donde realizó continuos reconocimientos por los valles del río Mazin para proteger la conducción de convoyes. Tauriat Zag, Monte Taxuda, Ishafen, Sidi Hamet el Hach, Segangan y Monte Arruit serían los lugares del Rif que Francisco conocería por primera vez en África, mientras prestaba servicios de seguridad y campaña.

En el Regimiento de África se producirá otro feliz reencuentro, pues Francisco volvió también a coincidir con un viejo conocido de su infancia en Ferrol y de su época de estudios en la Academia de Infantería: el joven teniente Francisco Franco. El futuro general más joven de Europa estuvo también destinado en dicha unidad, desde el 17 de febrero de 1912 hasta el 15 de abril de 1913 en que pasó a las fuerzas regulares indígenas. Por su parte, Francisco permaneció en la unidad hasta fin de octubre de 1913.

Por Real Orden del 5 de septiembre anterior, había sido promovido al empleo de primer teniente por antigüedad, en propuesta extraordinaria de ascenso, tomando parte en los ejercicios tácticos —con fuego real— realizados el 12 de septiembre en Zeluán, siendo felicitadas todas las tropas por el general José Marina, comandante general de Melilla.

En octubre, de nuevo en Madrid —esta vez destinado en el Regimiento León n.º 38—, allí permanecería hasta julio de 1914, en que fue de nuevo destinado al África n.º 68, incorporándose a su unidad ese mismo mes.

Recibirá su bautismo de fuego el 28 de septiembre de 1915, al participar en la ocupación de las posiciones de Azit de Ben Musa y Tanzelan, teniendo que sostener tiroteo con el enemigo que oponía alguna resistencia a la operación.

En Melilla conocerá Francisco a una bella y joven mujer, Piedad López-Blanco Barcelona, en un baile de oficiales. Nacida en Melilla, el 29 de noviembre de 1895, Piedad era hija de Alfredo López-Blanco y Carrera, miembro de la Junta de Arbitrios del Ayuntamiento de Melilla y director del matadero municipal.

Entre paseos por el parque Hernández y las animadas veladas y fiestas en el Casino Militar, Francisco y Piedad disfrutaron de su feliz noviazgo.

No tardarían en pasar por el altar, pues previa instancia del joven teniente, el 7 de agosto de 1916 el rey Alfonso XIII concedió la Real Licencia para el casamiento de su oficial. El matrimonio se celebró en Melilla, en la iglesia de la Purísima Concepción y a las 21.30 horas del día 27 de agosto de 1916.

Desde entonces, el matrimonio vivirá casi cinco años de feliz y pacífica convivencia, en destinos peninsulares alejados del peligroso y arriesgado Rif marroquí. El 5 de octubre, el teniente Asensi se incorporó al Regimiento de Infantería La Lealtad n.º 30, de guarnición

en Burgos; un año después, el 17 de septiembre de 1917, nacerá su primer hijo: José Alfredo (1917-1984).

Con el tiempo, su único hijo varón llegará a ser un gran militar, durante sus años de servicio en el Protectorado español de Marruecos y el territorio del Sáhara; fue capitán interventor en el Rif y prestigioso oficial de los Tercios Gran Capitán I y Alejandro Farnesio IV de La Legión española. Condecorado dos veces con la Medalla Militar Colectiva —una de ellas por su participación en la batalla del Ebro en 1938— y caballero de la Orden de Cisneros, así como comendador con placa de la Orden de África; la Cruz de Guerra, seis cruces del Mérito Militar y la Medalla del Sáhara fueron otras de sus múltiples condecoraciones. La Sala Coronel Asensi, perteneciente a la Sala Histórica del Tercio Gran Capitán en Melilla, está dedicada a este dignísimo oficial, pues fue el creador de los famosos *Episodios legionarios*, publicados en El Aaiún en 1969 y reeditados en 2014.

En 1917, el teniente Francisco Asensi recibe la Medalla Militar de Marruecos, con el pasador Melilla, desempeñando desde el 1 de enero de 1918 el cargo de profesor en la Academia de Cabos. Ese mismo año, por Real Orden circular de 4 de junio, se le concede el empleo de capitán de Infantería, con efectividad desde el 6 de mayo anterior. Desde el 25 de junio formará parte del Regimiento de Infantería San Marcial n.º 44, también en Burgos, hasta el 11 de agosto, en que se incorporó a su nuevo destino: la Caja de Reclutamiento n.º 40 de Huércal Overa (Almería).

El 3 de noviembre de 1919 el matrimonio tendrá una nueva alegría, pues nacerá en aquella localidad almeriense su hija María. Meses después, la familia se trasladó a la ciudad de Alicante, al ser destinado el capitán al Regimiento de Infantería La Princesa n.º 4, incorporándose el 25 de febrero de 1920.

De nuevo África condicionaría sus vidas, pues la Real Orden de 24 de septiembre de 1920 accedió a la solicitud de Francisco, que ansiaba volver a su antiguo destino: el Regimiento de África n.º 68, en busca de mayor gloria.

Se cerraba así la época más feliz y fecunda del matrimonio, pues el deseo de Piedad de reunirse con sus padres y su numerosa familia, oriunda de Melilla, y el firme propósito de Francisco de salir de su letargo castrense les enfrentará a un trágico destino un año después, aquel terrible y sangriento 1921.

Sin duda Francisco querría emular a sus hermanos menores. Víctor había salido de la Academia en 1906 y llegó a Melilla el 23 de julio de 1909 con el Batallón de Cazadores de Barbastro n.º 4, en el crucero *Numancia*; nada más desembarcar, ganó ese mismo día su primera Cruz del Mérito Militar de 1.º clase con distintivo rojo. A las órdenes del general José Marina Vega —que ya había mandado a su padre José Asensi en el combate filipino de Binacayan— asistió a los combates en las inmediaciones de los lavaderos de mineral. Aquel mes de julio, Víctor salvó su vida de milagro, pues estuvo a punto de morir en el famoso «desastre del Barranco del Lobo», el 27 de julio de 1909 y a las órdenes del malogrado general Pintos, que resultó muerto de un tiro en la cabeza.

Por su parte, el menor de los Asensi, Recaredo —que obtuvo su despacho de segundo teniente en 1912—, había sido ascendido a primer teniente de Infantería por méritos de guerra el 7 de octubre de 1913, por los méritos contraídos en el famoso combate de junio en Laucien (Tetuán), donde fue herido en la pierna derecha. En 1915 conseguirá también su primera Cruz roja del Mérito Militar de 1.º clase, por sus méritos en los hechos de armas de la Peña de Beni-Hosman y Tetuán.

Un terrible e inminente desastre militar: Annual, 1921. El principio del fin

El capitán Asensi se incorporó a su nuevo destino en Melilla el 15 de octubre de 1920; inmediatamente, se hará cargo del mando de su nueva unidad: la primera compañía del primer batallón del África n.º 68, acantonada en el campamento de Arrof. Además de traducir el francés, aprenderá el árabe.

Allí conocerá el capitán a sus nuevos oficiales: el teniente Juan Mestre Martorell, de origen mallorquín pero nacido en Buenos Aires el 30 de marzo de 1900, y los alféreces Bernardino Bocinos Villaverde y Francisco Sánchez Oliva.

El 24 de febrero de 1921, todos se despiden del alférez Bocinos, que marcha a Melilla para hacerse cargo de los nuevos reclutas de la compañía, de cuya instrucción se dedicó a las órdenes del comandante Antonio Zegrí.

El 22 de junio se incorporaran todos aquellos reclutas a la compañía del capitán Asensi. Esos jóvenes quintos, soldados de reemplazo, recibieron solo cuatro insuficientes meses de instrucción. Un mes después, estarán luchando a vida o muerte contra un mortal enemigo rifeño; muchos morirán de forma dramática, haciendo fuego con su fusil Mauser sin apuntar ni poner el alza.

En Arrof quedó, pues, el capitán con el resto de los oficiales y sus veteranos, prestando servicios de campaña hasta el día 28 de mayo de 1921 en que, cumpliendo las preceptivas órdenes, se dirigió con su compañía a la posición de Monte Arruit, donde pernoctó toda la noche. Allí durmió la unidad sin poder imaginar que en aquel lugar serían masacrados, solo dos meses y catorce días después, más de tres mil españoles. La traicionera masacre, el 9 de agosto, de «los tres mil» será la peor ignominia y tragedia de la guerra del Rif.

En la mañana del día siguiente, 29 de mayo, la compañía continuó por ferrocarril hasta Melilla, donde quedó de guarnición en el cuartel del regimiento hasta la incorporación de Bocinos y sus reclutas, a finales de junio.

El feliz regreso hizo que Francisco se reuniera de nuevo con su esposa Piedad y sus hijos José Alfredo y María, de cuatro y dos años de edad respectivamente. La familia disfrutará así de su presencia durante todo el mes de junio y la mitad de julio de 1921.

Sin embargo, la alegría de estar todos juntos durará poco porque el 18 de julio, como consecuencia del levantamiento de las cabilas rifeñas y la agitación subsiguiente que invadió el territorio del Rif, el capitán recibe nuevas órdenes de la superioridad. Estas consistían en incorporarse, de forma inmediata, a la columna móvil del Regimiento de África n.º 68, situada en el lejano campamento de Zoco el Telatza, la posición más meridional de todo el dispositivo militar español en el Rif.

El día 19 de julio se reitera con urgencia la orden del día anterior al insistir en que «se ordena a África que se acelere el movimiento de fuerzas ordenado el día 18»; la lectura de dichas órdenes refleja el nerviosismo de la Comandancia General de Melilla, al ordenar la movilización de todas las unidades disponibles que todavía permanecían en la plaza. Era evidente que se presagiaba lo peor.

De nuevo la guerra romperá la felicidad de la familia Asensi. El 1 de junio había tenido lugar la derrota del Monte Abarrán, que sorprendió a las fuerzas españolas; desde entonces, la Comandancia General de Melilla, dirigida por el general Manuel Fernández Silvestre e incapaz de reaccionar durante casi dos meses —a pesar de continuos avisos como el combate favorable del día siguiente, en Sidi Dris, y el asedio de Igueriben, desde el 17 de julio—, lan- guidecía a la espera de acontecimientos, desnortada y confundida.

Guerras del Rif

Conflictos que definen las dos grandes sublevaciones rifeñas, las encabezadas por Sidi Mohammed Amezíán en 1909-1912 y los hermanos Mohammed y Mahmed Abd el-Krim, quienes se enfrentaron al ejército español y lo derrotaron: el primero en 1909; los segundos en 1921. El audaz desembarco español en las playas de Ixdain y de La

Cebadilla (Alhucemas occidental), en septiembre de 1925, logró partir por la mitad las defensas rifeñas y, nueve meses después (mayo de 1926), los Abd el-Krim se rendían, junto con sus allegados y familiares, a la columna del coronel Corap, siendo deportados a la isla (francesa) de la Reunión, en el Océano Índico.

Luego vendrían las prisas, el desconcierto y la pasmosa ausencia de un mando enérgico y eficaz.

El 20 de julio, en la posición de Igueriben se presentía ya el dramático final y la demoralización y el desaliento cundían, cada vez más, entre los cinco mil españoles presentes en el cercano campamento de Annual, incapaces de auxiliar a sus compañeros sitiados por los rifeños. En la mañana de ese mismo día Francisco Asensi, cumpliendo las órdenes antes referidas, se ha despedido de su esposa e hijos en la estación de ferrocarril con una intuición trágica. No le volverían a ver nunca más.

La primera compañía del primer batallón, incompleta, pues contaba con cuatro oficiales, noventa y ocho soldados de tropa y cuatro mulos para transportar las municiones y pertrechos —más el caballo del capitán—, marchó por ferrocarril hasta Tistutin, continuando después la marcha a pie durante los casi cuarenta kilómetros de distancia hasta el campamento de Zoco el Telatza de Beni bu Beker, cruzando el peligroso desfiladero de Teniat el Hamara. Los oficiales, clases y soldados de la compañía llegaron al Zoco a la una de la madrugada del 21 de julio, exhaustos tras aquella dura y agotadora marcha.

En la breve parada en Tistutin, el capitán Asensi tuvo tiempo de hablar con el teniente de la Escala de Reserva Arturo Mandly Ramírez, jefe de la tercera compañía del primer batallón del África, que ha recibido idénticas órdenes de incorporarse al Zoco el Telatza. Mandly llegará al Zoco, con su joven alférez Evaristo Falcó Corbacho y el resto de su unidad, la tarde del día 22 de julio.

Ni el capitán Asensi ni el teniente Mandly son conscientes, en aquel momento, de la singular trascendencia que tendrán las órdenes que se apresuran a cumplir con férrea disciplina. Vivir o morir, para muchos españoles dicho destino dependerá del comportamiento de ambas compañías. Serán la vanguardia heroica de una sangrienta retirada.

Un día después de la llegada de la compañía del capitán Asensi al Zoco, y también el mismo día en que lo harán el teniente Mandly y los suyos, ocurrirá el desastre en Annual. Ese fatídico 22 de julio tuvo lugar la decisiva tercera derrota española, tras la «sorpresa de Abarrán» y la trágica y agónica aniquilación de la posición de Igueriben. El destino del lejano campamento de Zoco el Telatza estaba sellado.

En el campamento tenía su base la columna móvil del Regimiento de Infantería África n.º 68, formada —tras las últimas incorporaciones— por cinco compañías de fusiles (1.ª y 3.ª del primer batallón, 3.ª y 5.ª del segundo y 6.ª del tercero) y una compañía de ametralladoras (del 2.º batallón, una de cuyas máquinas Hotchkiss Mle 1914 se encontraba en Annual).

La guarnición fija del campamento estaba constituida por la 5.ª compañía del primer batallón, al mando de su capitán don Manuel Gil Rodríguez; contaba también con veintidós artilleros, que servían cuatro piezas de 90 mm, de la marca alemana Krupp, en muy mal estado de servicio excepto una de ellas. Al mando de la columna móvil se encuentra el teniente coronel Saturio García Esteban.

En el cómputo total, setecientos setenta y un oficiales, clases y soldados presentes en el campamento el día 22 de julio de 1921.

En los alrededores del campamento se situaban las distantes posiciones, horquilladas en torno a la cabecera de la circunscripción y guarnecidas por las distintas secciones y compañías del regimiento: Haf, la más lejana y distante 15 kilómetros del Zoco, Arreyen Lao, Sidi Alí, Reyén de Guerruao, Loma Redonda, Siach 1 y 2, Ben Hiddur, Tixera, Morabo de Abd el-Kader y, por último, Tazarut Uzai (en el extremo sur de la línea y próxima a la frontera francesa).

El total de efectivos en las referidas posiciones, incluyendo los del Zoco, era de unos mil quinientos setenta oficiales, clases y soldados. De ellos ciento noventa y ocho pertenecían a la 9.ª mía de la Policía Indígena, a las órdenes del capitán Francisco Alonso Estringana (ver biografía) y acuartelados en el campamento de Siach, situado a un kilómetro de distancia del Zoco.

Al llegar al Zoco la compañía del capitán Asensi el panorama era desolador; el depósito de víveres —que surtía a todas las posiciones del sector— estaba casi agotado y era urgente el necesario repuesto. Por ello se redujeron las raciones de pan a la mitad y el rancho a un solo plato, en lugar de tres.

En cuanto a las municiones existentes, eran absolutamente insuficientes para un combate serio y prolongado, muchísimo menos para soportar un asedio generalizado sobre la posición. Más dramático era el aprovisionamiento del agua —que se traía de las fuentes de Ermila, a 38 kilómetros de distancia—, pues el 24 de julio quedaba ya muy poca en el depósito de la posición, haciendo imposible la resistencia del campamento más allá de cuatro días.

Agitación del territorio. Tres días de julio y retirada sangrienta

Consumado el desastre en Annual, el 23 de julio empiezan a ser atacadas las distintas posiciones de la circunscripción sur. La posición de Haf comunica por teléfono que soporta un duro asalto rifeño, agotándose las municiones y el agua con inusitada rapidez. El teniente de Artillería Corominas, desesperado y frenético, hace fuego con sus cañones con la espoleta a cero; los cuerpos exánimes de decenas de rifeños yacen en los alrededores de la posición.

Ese mismo día, Loma Redonda, Arreyen Lao y Tazarut Uzai informan de nuevas agresiones, también Sidi Alí. La insurrección de las harcas de Beni Tuzin, Metalza, Beni Buyagi, Ulad Bubker, Ain Zorah y Fetachas va a convertirse en un verdadero ataque general. El teniente coronel Saturio García Esteban decide enviar un convoy de socorro a Haf en la mañana del día 23; informado por el capitán Francisco Alonso de su temor a una posible desertión de la policía indígena, decide enviar también a la compañía del capitán Francisco Asensi a reforzar la posición de Siach, campamento de la 9.ª mía, mientras Alonso y sus hombres socorren Haf.

Las tres secciones del capitán Asensi ocuparán Siach y la avanzadilla del Morabo de Abd el-Kader. Haf recibió exultante el agua, así como los víveres y municiones necesarios para continuar la lucha. En menos de veinticuatro horas, el capitán Ernesto Rodríguez Chacel y los aguerridos defensores de Haf estarán todos muertos, excepto el soldado Manuel Carro Nieto, que logrará llegar vivo al Zoco.

Francisco Asensi y sus hombres permanecerán en Siach la noche del 23 al 24 de julio, sin poder conciliar el sueño; el sol de un nuevo día dará paso a la destrucción de las posiciones de Haf —para la que no hubo más convoyes ni ayuda— y Arreyen Lao. Rehechas las harcas, los enfurecidos guerreros rifeños se lanzan al asalto de un nuevo objetivo: Siach. No querrán prisioneros.

La compañía del capitán Asensi, previo repliegue de la avanzadilla de la altura del Morabo, se defiende con fuego a discreción; dentro del campamento, los moros de la Policía Indígena murmuran y todos comprenden que se avecina su inevitable defección. Bajo un intenso ataque, a las dieciocho horas del día 24 de julio, Francisco Asensi recibe la orden de repliegarse con su compañía al Zoco el Telatza. El capitán demostrará, en dicho repliegue,

valor y dotes de mando, y sabrá mantener en su tropa serenidad y entusiasmo en todo momento; sin bajas, pues solo hubo que lamentar la pérdida de las camillas de la unidad.

Los hombres del capitán Asensi le admiran, el oficial es como un padre para ellos, pues se preocupa sinceramente de su gente y lamenta la trágica suerte que a sus jóvenes y bisoños reclutas les ha tocado vivir. Le seguirán con los ojos cerrados; sobre todo su fiel y leal asistente, Amadeo Mata Castillo, pues intuye que su capitán, con su metro y sesenta y seis centímetros de estatura, guarda hechuras de héroe. Pronto despejará sus dudas; y morirá con él.

Protegidos por una guerrilla del Zoco, la compañía consigue entrar en la posición principal. A tiempo para ver la esperada defección de la Policía, pues la fuerza del capitán Alonso ha quedado reducida a sus oficiales y diez fieles policías, todavía adictos a la causa española; cuatro de ellos morirán después.

Cercado a tiros el Zoco el Telatza y cortadas las comunicaciones con el exterior, García Esteban ordena el repliegue hacia el Zoco de las posiciones restantes de Loma Redonda, Ben Hiddur y Sidi Alí, que se hizo efectivo a la una y treinta horas de la madrugada del día 25 de julio.

Antes, a las 22.00 horas del día 24 de julio, había sido decidida la evacuación del campamento hacia la zona francesa, en un dramático y urgente consejo de defensa en el que estuvieron presentes, además del teniente coronel jefe de la columna, los oficiales que tenían mando de compañía, entre ellos el teniente Arturo Mandly y el capitán Asensi. De los doce oficiales presentes en aquel Consejo, solo cuatro conseguirán llegar a la zona francesa: el teniente coronel García Esteban, los capitanes Gil Rodríguez y Alonso Estringana, y el alférez Luis Muñoz Bertet.

En el consejo, las deliberaciones examinaron tres posibles itinerarios para la evacuación, eligiendo el tercero, consistente en un trayecto más corto que los dos anteriores, pero en su parte final muchísimo más peligroso por ser montañoso, por el pie occidental de los montes de Yebel Ben Hiddur.

Las actas del referido consejo de defensa se perdieron en la retirada, pues según los supervivientes —García Esteban— las llevaba el teniente Ramón Mille Villelga, que desapareció antes de llegar al Protectorado francés. Será una pérdida irreparable para acreditar documentalmente lo que verdaderamente ocurrió y se dijo en aquella trascendental reunión de oficiales. Sin embargo, hoy sabemos que se hicieron más copias del acta; una de ellas la llevaba el teniente Arturo Mandly Ramírez.

En la reunión, Satorio explicó las disposiciones que había tomado para el orden de marcha de la columna en retirada, que tendrá lugar a las tres y media de la madrugada del lunes 25 de julio:

1. La vanguardia irá formada por las compañías 3.ª y 1.ª del primer batallón —mandadas por el teniente Mandly y el capitán Asensi—, con la misión de proteger la columna.
2. El grueso lo forman las siguientes unidades, por este orden: la 6.ª compañía del 1.º batallón (capitán Moreno); después la 1.ª compañía del 2.º batallón (teniente Manuel Crespo, pues el capitán Prats está herido en el cuello); la compañía de ametralladoras (capitán Lagarde); la impedimenta y la Plana Mayor; la 5.ª y 3.ª compañías del 2.º batallón (teniente Arenas y capitán Molero) y la 6.ª del 3.º (alférez Luis Muñoz Bertet).

3. La retaguardia la formaran la 5.ª compañía del 1.º batallón (capitán Gil) y la Sección de Cazadores de Alcántara (sargento Benavent).

Al terminar el trascendental consejo de defensa, Francisco reúne a sus oficiales para comunicarles la decisión de retirarse y que Drius —el campamento más importante de todo el Rif español— arde y ha sido evacuado.

De nuevo la desmoralización, la pesadumbre y el temor por las noticias recibidas deprimen a la tropa. Para colmo, media hora antes de empezar la retirada, la compañía del capitán Asensi pierde a uno de sus oficiales, Francisco Sánchez Oliva; por orden de Saturio, el alférez hará la retirada casi en la retaguardia, con la sexta compañía del tercer batallón, pues esta compañía de ciento veintiocho soldados la manda un solo alférez: Luis Muñoz Bertet.

La hora del sacrificio: un bravo teniente y el asalto suicida de un capitán

Llegada la hora de la evacuación del campamento de Zoco el Telatza, se colocaron los heridos en artolas, camillas e incluso caballos de oficiales y, aprovechando una oportuna niebla, se emprendió con mucho silencio, cohesión y enlace la marcha de veintidós kilómetros hacia la zona francesa.

La fuerza española —con las secciones de cada compañía, una detrás de otra— iba perfectamente encuadrada, en columna de a cuatro, con filas abiertas, dos por cada lado; llevando delante de las compañías centrales el convoy de heridos y detrás las acémilas del tren de combate. Antes de salir se inutilizaron los cañones y todo cuanto pudiera aprovechar el enemigo; se distribuyeron a los soldados las municiones a granel del depósito. Además, se dio la consigna de guardar silencio y no fumar.

Al salir del campamento se sufrió fuego enemigo y en la misma alambrada fue muerto el mulo que conducía el botiquín. Se logró rechazar la agresión y como no había tiempo que perder —pues no tardaría en amanecer—, los oficiales de la columna lograron que la tropa hiciera fuego, avanzando y venciendo totalmente la resistencia que el enemigo oponía a la marcha de la columna. Los siguientes diez kilómetros se harían con relativa calma y facilidad.

Así marchaba la columna en la oscuridad y envuelta en una densa niebla, que la favorecería. Mientras tanto, el numeroso enemigo seguía la misma marcha por la larguísima loma Norte-Sur de Yebel Ben Hiddur, los rifeños por la cumbre y los españoles por la falda, por el camino que conduce a los montes Fetachas, llevando la columna como práctico, por ser conocedor del terreno, al capitán de la 9.ª mía de Policía Indígena don Francisco Alonso Estringana. Dicho camino fue aconsejado también por el faquir de la mía, Sidi Mohatar.

Al amanecer, despejada la niebla y muy cerca ya de la zona francesa, la columna fue definitivamente emboscada en el «Cuadrilátero», desatándose un verdadero infierno en la tierra, pues se sufrió un intenso fuego que dislocó a las fuerzas en retirada. Tal y como relataría el teniente coronel García Esteban al rey Alfonso XIII:

Empezaba a amanecer y se adoptó el orden de combate, sosteniendo las guerrillas nutridísimo fuego por vanguardia y retaguardia al entrar en el cuadrilátero, formado por cuatro montes llamados los Fetachas, cuyas cumbres y faldas estaban cuajadas de moros que nos hacían fuego en todas direcciones; y había necesidad de pasar a la derecha un desfiladero para llegar a la Zona Francesa.

Al llegar al valle rectangular o cuadrilátero, cuya diagonal tenían que recorrer, la compañía mandada por el teniente Mandly se dividió en dos hileras (separadas por una distancia de diez metros, aumentados luego a trescientos); una doble hilera por el flanco izquierdo, mandada por el alférez Falcó Corbacho, y otra doble hilera mandada por el teniente, que ejecutó un cambio de frente sobre el flanco derecho. Esta maniobra se hizo para ocupar y desalojar las lomas que, en dicho flanco y coronadas de rifeños, dominaban el camino que debía recorrer la columna. Con dicho movimiento táctico se protegía a la columna hasta llegar al desfiladero que necesitaban atravesar; sin embargo, poco tiempo después, las escasas fuerzas del teniente fueron rodeadas y el que no murió con su oficial —que fue herido de muerte por un tiro en el vientre— fue hecho prisionero y fusilado más tarde a quemarropa por los rifeños.

Del admirable sacrificio del teniente Mandly fueron conscientes la mayoría de sus compañeros, pero no el estamento militar alfonsino, que tuvo un comportamiento mezquino, cicatero y miserable con aquel bizarro oficial.

Propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando, su expediente de juicio contradictorio terminó con el informe favorable del juez instructor. Pues bien, a pesar de ello, el motivo para denegar la preciada condecoración al teniente Mandly fue que la instancia había sido formulada por su hermano, cuando —decía el fiscal—el Reglamento de la Orden de San Fernando facultaba únicamente a los padres, hijos o viudas de los fallecidos.

Por ello se procedió a declarar nulo todo lo actuado por Real Orden del rey Alfonso XIII, de fecha 21 de diciembre del año 1925.

Lo sorprendente y desconcertante de este caso es que la instancia que solicitaba la apertura de juicio contradictorio a favor del teniente fue presentada el 21 de octubre de 1921 por su hermano, el capitán de la Escala de Reserva Ricardo Mandly Ramírez, pero... ¡en nombre de la esposa de su hermano, doña Manuela Arias Durán! Por lo demás, dicha representación se admitió por la Administración durante toda la tramitación del expediente hasta que alguien decidió tapar con una pesada losa —no levantada hasta ahora— el sacrificio de un bravo teniente y de los sargentos, cabos y soldados que también supieron morir dignamente con su oficial. Será un desprecio oficial imperdonable.

La siguiente compañía de vanguardia, mandada por el capitán Asensi, imitó el movimiento táctico de la compañía de Mandly, para responder también al violento doble fuego recibido por ambos flancos. La guerrilla del flanco derecho —protegida por el sacrificio del teniente Mandly— estaba mandada por el teniente Bocinos; las restantes tres medias secciones, que formaban la guerrilla del flanco izquierdo, por el capitán Asensi y el teniente de veintiún años Mestre Martorell.

Antes de llegar al desfiladero de Maachen, el capitán Asensi comprendió que, de no ocupar el monte que lo dominaba —situado en el flanco izquierdo de aquella cortadura entre los montes Fetachas—, el paso resultaría imposible; por ello, previa una corta conversación con el capitán Alonso Estringana, de su propio impulso se lanzó a la ocupación del monte.

Antes del mortal asalto, el capitán reúne a su teniente y a varios de sus sargentos para transmitir su propósito; se ordena a sus hombres calar bayonetas y, al fuerte grito de ¡viva España!, se lanzan todos —incluso los cornetas— al asalto del estratégico monte, cargando con ímpetu, pues «la bala es loca y solo la bayoneta es cuerda y certera». De este modo, la compañía hizo honor a una de las épicas y gloriosas estrofas del himno de su regimiento:

«De nuestro Regimiento es la consigna, siempre avanzar; y en alta cima al viento nuestra bandera contemplar. A la cima correr, a la cima llegar. Por la patria luchar para vencer, por la bandera luchar hasta morir».

La toma de las posiciones dominantes, llevada a cabo por Mandly y Asensi, resultó de capital importancia para desalojar al superior enemigo rifeño y proteger así tanto la marcha como el paso de la columna por el desfiladero.

El capitán Asensi era muy consciente, como profesor de cabos, de las enseñanzas de Bermúdez de Castro. El rifeño no va a buscar la muerte, se bate tenazmente mientras no tiene bajas; cuando se le hace daño de verdad, huye despavorido. Frente al vigoroso asalto del capitán Asensi y sus hombres, que mandarán a la otra vida a muchos rifeños sin misericordia, el enemigo cederá la posición, pues prefiere cebarse con los heridos y centrarse en el más seguro tiro a larga distancia contra la columna, amparándose en barrancos y matorrales, bajo un calor sofocante.

El capitán Alonso fue testigo del desesperado y suicida ataque. Este oficial, asegurando el paso del desfiladero, marchará a la comprometida retaguardia de la columna. También el capitán Moreno Muñoz, cuya compañía marchaba justo detrás de la del capitán Asensi, fue testigo de la gesta declarando lo siguiente: «como quiera que los moros se habían apoderado de unas alturas hacia la izquierda de la marcha, hubo necesidad de acelerar la marcha por el valle y aún, de ocupar otra posición hacia su cabecera para protegerla».

Desgraciadamente, lo que hasta ese momento comenzaba a ser un repliegue escalonado se convirtió en un terrible desastre.

La compañía de ametralladoras, que marchaba en el flanco derecho, se echó a la izquierda del sentido de la marcha con objeto de sostener el ataque de la compañía del capitán Asensi; la intención era emplazar las máquinas y proteger el avance de la columna. No lo conseguirán, pues muerto su jefe —el capitán Apolo Lagarde—, caerán bajo un mortífero fuego rifeño que los dispersará. Las compañías que van a continuación (3.ª y 5.ª del 2.º batallón) malinterpretan el movimiento de las ametralladoras y también confunden el camino de la retirada, tomando un falso camino hacia la izquierda.

El teniente coronel y el resto de los oficiales que todavía siguen vivos no consiguen evitar la dispersión de parte de la columna, a pesar de sus gritos y continuos avisos para atraerla al camino correcto de la derecha.

Las fracciones de la izquierda, extraviadas, fueron furiosamente atacadas por el grueso de las harcas rifeñas que consiguieron cortar la columna y provocar una auténtica masacre entre los extraviados. Estos, al darse cuenta de su error, intentan a la desesperada volver al camino correcto y quedan rezagados. El capitán Asensi, desde su estratégica y elevada posición, contempla sobrecogido la trágica escena y decide mantenerse en el monte que domina el desfiladero, para dar tiempo a que los rezagados y la retaguardia puedan cruzarlo.

Cumplida su misión, se incorpora a los extraviados con los supervivientes de sus tres medias secciones, para intentar ganar también la avanzadilla de la posición francesa de Hassi Uenzga, a donde ya ha llegado el grueso de la fuerza española.

Al pie de las alambradas de la avanzadilla, junto a los rezagados perseguidos y furiosamente hostilizados por los rifeños, encontrará gloriosa muerte el capitán Asensi, en rudo combate y acompañado por los oficiales supervivientes de las compañías extraviadas (tenientes Núñez y Anísí, y el alférez Alderete). Tenía treinta y cinco años y su muerte será detallada así por el jefe de la columna, en su parte de 10 de agosto de 1921 (folio 772 vuelto del Expediente Picasso) dirigido al general y alto comisario Dámaso Berenguer.

Los pocos rezagados que sí consiguieron sobrevivir relataron al capitán Alonso que Francisco Asensi tuvo un comportamiento ejemplar y murió luchando cuerpo a cuerpo hasta

el último momento, en un postrero acto de resistencia frente a los rifeños. Todo ello ante la insolente indiferencia de las fuerzas francesas de la avanzadilla y sus tiradores senegaleses.

El sacrificio de Mandly y Asensi no fue en vano. Consiguieron llegar a la zona francesa cuatrocientos setenta hombres y dieciocho oficiales. El 9 de agosto retornarán a Melilla en el vapor *Bellver*.

Los muertos que no se admitieron y el espejismo de una Laureada

El general Dámaso Berenguer recibió el parte del teniente coronel García Esteban, de fecha 10 de agosto y donde se detallaba cómo, dónde y con quién fue muerto el capitán Asensi, así que remitió los datos —a través del telegrama número 558— al Ministerio de la Guerra, para que se cursase la baja del capitán como fallecido. Esta se publicó en el *Diario Oficial del Ministerio* de fecha 18 de septiembre de 1921; tan cierto era el óbito que su esquela se publicó en *El Telegrama del Rif* de fecha 22 de octubre, celebrándose por ello su funeral en la parroquia castrense de Melilla.

También la prensa se hacía eco de su fallecimiento. Así, en el ejemplar del periódico *La Libertad* de fecha 11 de agosto de 1921 se pudo leer que diversos testigos vieron morir a los capitanes Lagarde y Asensi. Incluso un documento reservado del Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla, de fecha 28 de enero de 1922, lo cita como «muerto en el camino», en una relación donde algunos oficiales de la retirada aparecen como desaparecidos.

No había dudas de su muerte, pero el temor a que se supiese dónde y por qué murió preocupaba a muchos. Ante el general Picasso, el teniente coronel García Esteban guardará silencio sobre las muertes de Asensi y Mandly, sin duda preocupado por el futuro de su carrera militar, pues lo cierto es que los heridos y rezagados fueron abandonados y no se trató nunca de ampararlos. A pesar de ese silencio, Picasso reflejó la muerte de Asensi al pie de la avanzadilla.

De nuevo apareció la pesada losa del olvido, sobre todo teniendo en cuenta que fue instruida una causa para juzgar las responsabilidades de los oficiales en el desastre de Zoco el Telatza. Nadie habló del sacrificio de Mandly en dicha causa, incluso algún testimonio —luego contradicho por el mismo testigo— insinuó que Asensi murió asaltando el monte y no al pie de la avanzadilla. Había mucho en juego; muchas carreras militares por nada, pues nadie podría ya remediar la muerte de dos dignísimos oficiales.

El juez instructor de la causa fue el teniente coronel Ramón Jiménez Castellanos, del Regimiento África n.º 68. Por supuesto que leyó el parte de fecha 10 de agosto, y por eso, valiente él, formuló al teniente coronel la espinosa pregunta: ¿recuerda en qué momento fue muerto el capitán Asensi? La respuesta fue tan contradictoria con su anterior parte como escueta: «No puedo precisar el momento pues solo supe después que había desaparecido».

De nuevo la callada por respuesta, pues graves eran los delitos imputados al teniente coronel García Esteban. Sin embargo, la familia del capitán movió ficha; una conversación fortuita de Alfredo López-Blanco (suegro del capitán) con el capitán Alonso Estringana, muchos meses después del desastre, aclaró un poco las circunstancias en que desapareció su yerno. Alonso contó que murió o fue herido atacando un monte ocupado por numeroso enemigo que causaba multitud de bajas a nuestras fuerzas y su opinión era que la familia debía pedir la Cruz de San Fernando para el heroico capitán.

Alfredo López-Blanco no comunicó todavía nada a su hija, residente ahora en Motril (Granada) con una hermana, hasta no estar seguro y empezó a hablar con las autoridades

sobre su yerno. Sin embargo, por iniciativa del nuevo comandante general de Melilla, José Sanjurjo (ver biografía), el día 27 de mayo de 1922 se publicó el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* número 116, donde, sorprendentemente, se dejó sin efecto la baja como fallecido del capitán Asensi, por no existir —se decía— prueba testifical ni de ninguna clase que acreditase la muerte. El parte de 10 de agosto de 1921 y el telegrama 558 del general Berenguer, como si no hubiesen existido. Eran secretos y reservados, como lo será la declaración de Alonso.

Ese mismo mes de mayo, por Real Decreto del día 3 (publicado el 4) se modifica el Reglamento de la Orden de San Fernando, ampliando a dos meses el plazo para solicitar la Cruz. Plazo que expiraba, pues, el 4 de julio de 1922. La familia del capitán prefirió creer a sus autoridades que a un capitán de la Policía Indígena; la verdad es que, probablemente, se hicieron falsas esperanzas de que Francisco estuviese vivo y prisionero en alguna cabila (hay que tener en cuenta que todos los prisioneros de Axdir fueron liberados en enero de 1923 y, aun así, siempre aparecían prisioneros de otras cabilas años después). Lo cierto es que se neutralizó así, intencionadamente o no, la posibilidad de que la familia solicitase la Cruz dentro de aquel plazo de dos meses.

A finales de mayo de 1923, la viuda del capitán regresó a Melilla. Allí tuvo conocimiento, a través de su padre, de lo relatado por el capitán Alonso. El 4 de junio de ese año solicitó la Cruz de San Fernando para su difunto esposo, amparándose en el artículo 40 del Reglamento, que permitía formular instancias fuera de plazo, siempre que hubiese una causa legítima. Por supuesto que la había: la negación de la muerte del capitán por las autoridades militares, a pesar de todas las evidencias; circunstancia que, evidentemente, confundió a la familia.

Formado expediente previo de apertura de juicio contradictorio, se tomó declaración al principal testigo, el capitán Alonso, en Tafersit. El 16 de noviembre de 1923 Alonso reiteró ante un juez militar que de no haberse ocupado el monte que dominaba el desfiladero el paso habría resultado imposible y que el comportamiento de Asensi había sido heroico, pues no dudó en ir al sacrificio para que la columna salvara el desfiladero. Ciertamente el capitán estaba incurso en muchos artículos del Reglamento y además había tenido cuarenta y seis muertos, superando con creces y holgura el requisito de un tercio de la fuerza propia.

Reunido el pleno de la Asamblea de San Fernando el 5 de abril de 1924, resolvió lo siguiente: «De lo expuesto parece resultar que la recurrente no pudo enterarse de los hechos realizados por su esposo hasta la fecha que dice, pero habiéndose publicado el Real Decreto de 3 de mayo de 1922 y habiendo tenido dos meses de plazo desde su publicación, no parece admisible dejase transcurrir tanto tiempo sin promover su instancia». Por ello se denegó la apertura de juicio contradictorio a favor del capitán. El rey confirmó el criterio de la Asamblea el 4 de marzo de 1925, once meses después del pleno!

En tan largo e inusual lapso de tiempo se dictó un Real Decreto, de fecha 4 de julio de 1924, que indultaba a los condenados y procesados por sus responsabilidades en el desastre de Annual; también una sentencia de 7 de octubre de 1924 por la que un consejo de guerra, celebrado en Melilla, absolvió a Saturio García Esteban de los graves delitos que se le imputaban. Tres veces pedirá él mismo la Cruz de San Fernando para él y tres veces le será negada.

No hubo justicia para el capitán Asensi ni para el teniente Mandly. Solo dolor para sus familiares y un lamentable e imperdonable olvido. Ni siquiera una Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo para honrarles como jefes de compañías que cayeron en combate sufriendo la mitad de bajas.

Sobrevino así para el capitán una segunda muerte, más dolorosa, pues la resolución del rey ni siquiera fue notificada a la familia Asensi. Esa es la razón por la que esta siempre consideró al capitán como desaparecido, pues como hombres de palabra y de ley se fiaron del *Diario Oficial* de mayo de 1922, que ominosamente negó la muerte cierta del capitán. Todo lo demás era secreto y reservado. El forzado y deliberado olvido institucional posterior sobre Annual sepultó durante décadas la historia de aquellos hombres que pagaron con el mayor de sus sufrimientos y el sacrificio de sus vidas los errores políticos y militares ajenos.

J. G. L.

Fuentes
Bibliografía

Archivo Histórico Nacional.
FC-TRIBUNAL SUPREMO-RESERVADO,
Exp. 51, N. 1 a N. 21. Ministerio de
Educación, Cultura y Deporte.
Gobierno de España.

Bermúdez de Castro y Tomás, L.,
«Táctica para el combate en
Marruecos. El tema táctico», en
Memorial de Infantería, Toledo,
Imprenta del Colegio María Cristina,
1914, tomo I, pp. 28 y ss.

Carrasco García, Antonio, *Annual
1921. Las imágenes del desastre*,
Madrid, Almena, 2005.

Domínguez Llosá, Santiago, «Zoco el
Telatza, 1921. El otro desastre»,
Revista de Historia Militar, Quirón
Ediciones.

«Expediente de juicio contradictorio
para la concesión de la Cruz
Laureada de San Fernando a favor
del teniente D. Arturo Mandly
Ramírez». Archivo General Militar de
Segovia. Ministerio de Defensa.

«Expediente personal de José Asensi
Quintana: matrimonio, defunción
(7880/12) y hoja de servicios
(5300/285)». Archivo General de la
Marina Álvaro de Bazán. Ministerio
de Defensa.

«Expediente personal de Manuel
Asensi Soler. Legajo A-2588, sección
1.ª, hoja de servicios». Archivo
General Militar de Segovia.
Ministerio de Defensa.

«Expediente personal y hoja de
servicios del capitán D. Francisco
Asensi Rodríguez». Archivo General
Militar de Segovia. Ministerio de
Defensa.

«Expediente personal y hoja de
servicios del teniente D. Arturo
Mandly Ramírez». Archivo General
Militar de Segovia. Ministerio de
Defensa.

*Expediente Picasso. Las sombras de
Annual*, Madrid, Almena, 2003.

«Expediente previo de apertura de
juicio contradictorio para la
concesión de la Cruz Laureada de
San Fernando al Capitán D.
Francisco Asensi Rodríguez». Caja
430, Exp. 3487. Sección 9.ª. Archivo
General Militar de Segovia.
Ministerio de Defensa.

García Esteban, Saturio, *Defensa y
evacuación de la posición de Zoco el
Telatza por el teniente coronel
Saturio García Esteban*, Real
Biblioteca del Palacio Real de
Madrid. Signatura II/4059.

Garrido Laguna, Jorge, Blog del
capitán Francisco Asensi:
asensi68desastrezocotelatza.
blogspot.com.es

Libro de oro de la Infantería,
Publicaciones del Memorial de
Infantería.

Pando Despierto, Juan, *Historia
secreta de Annual*, Madrid, Temas de
Hoy, 1998.

VV. AA., *El Protectorado español en
Marruecos: La historia trascendida*,
Bilbao, Iberdrola, 2013.